Comenzó siendo Niño Dios y es mula de nacimiento

Domingo 24 ordinario del 2013 C, 15 de septiembre

Las parábolas de Cristo tienen la característica de ser entendidas en todas las épocas y en todos los ambientes. Sin embargo, las historias y los cuentos, o las adivinanzas que eran las parábolas, tienen que ser entendidas en el tiempo y en la mentalidad de aquellos a quienes iban dirigidas en primer lugar. San Lucas, en un capítulo interesantísimo, dirigido a los escribas y publicanos que se sentían limpios de culpa y se preciaban de despreciar a los pecadores, se complace en presentar las palabras de Cristo como una invitación al perdón y a la misericordia. Y en ese sentido, quizá no estaríamos muy dados a alegrarnos con un hombre, pastor, que habiendo perdido una oveja deja las noventa y nueve para ir a buscar hasta lo último a la oveja perdida, y quizá no estaríamos tampoco tan dispuestos a alegrarnos con la alegría de una mujer que perdió una moneda de plata en su propia casa, quizá con descuido propio y que luego hace fiesta con sus amigas por haberla encontrado después de haber barrido toda su casa que a lo mejor no era sino un solo cuarto. Esto le pasa casi todos los días a las queridas "viejitas" que pierden las cosas, hacen una trifulca, le echan la culpa a los demás, y luego se dan cuenta con vergüenza que las habían guardado "donde sólo ellas sabían".

Pero si los dos ejemplos anteriores nos dejaran insensibles, no nos ocurriría lo mismo al escuchar la narración siempre antigua y siempre nueva y siempre sobrecogedora de aquél padre dos hijos que le tocaron con caracteres tan distintos, con los cuales tuvo que congeniar. El primero era calculador, frío, sin altibajos de carácter, con la idea de saber en cada momento qué hacer, pero sin alegrarse entonces ni de su padre ni menos de su hermano menor. El Hijo más pequeño era todo lo contrario, emprendedor, con la sangre a flor de piel, que en un momento dado, inconforme con todo y con todos, decide emprender el camino de su propia vida, experimentar por caminos desconocidos, a donde no tuviera que dar cuenta a nadie de sus propias cosas. Se va efectivamente, y emprende un camino muy difícil, que últimamente me ha recordado aquella película mexicana, "nosotros los nobles" aunque aquí el padre acompaña a los hijos por un camino desconocido de privaciones, de trabajo y de realización personal. En la parábola el hijo la emprende solo, y se da encontronazos, se queda sin dinero, sin amigos, parece que todas las puertas se le cierran, pero no era tonto, y de una cosa estaba seguro y era del amor y el cariño de su padre. No se equivocaba, pues el padre, que siempre lo esperó, lo recibió con los brazos abiertos, y dado que estaba en condición de hacerlo, hizo fiesta e invitó a los de su casa y a los de fuera para participarles su alegría. Todos participaron menos el hijo mayor que no cabía en sí de coraje al ver la locura de su padre que echaba la casa por la ventana para festejar al hermano, que venía a ser un obstáculo para ser él el poseedor absoluto y total de la herencia

paterna. No nos dice la parábola si al fin hubo un abrazo entre los dos hermanos pero sí nos podemos quedar con la intención de San Lucas que nos refleja el gran cariño del Buen Padre Dios que se alegra por un pecador, frente a los noventa y nueve que ya viven en su gracia y en su amistad, y nos invita a alegrarnos con la alegría de los ángeles por un solo pecador que se convierte, recibiendo la gran alegría de aquél padre que supo aquilatar el esfuerzo de la vida de su hijo para conseguir la libertad y la auténtica sabiduría, que gastó el dinero, pero en busca del verdadero valor de las cosas, que pasó pobreza y enfermedad para descubrir el valor de la vida y del esfuerzo personal, que renunció a la amistad de todos los amigos pero que no perdió de vista que el único que podría auxiliarle en un momento de su vida era su propio padre, y que finalmente quiso hacerse pordiosero para aquilatar lo que vale el perdón, la bondad y la misericordia de un padre que no se convirtió en inquisidor de su propio hijo y lo recibió con grandes muestras de cariño y de amor. Seríamos insensatos si no reconociéramos en éste padre, nada menos que al Padre, al Buen Padre Dios que te espera con los brazos abiertos sin más interrogatorio sino sobre el amor y la confianza que podamos tener en él que nos ha enviado a su propio Hijo para mostrarnos su amor, su bondad y el inmenso cariño manifestado en el perdón incondicional para nuestros propios pecados.

El Padre Alberto Ramírez Mozqueda espera sus comentarios en alberami@prodigy.net.mx